

cedió á cuanto se podía esperar y produjo alarma, y con la alarma una venta extraordinaria de números sueltos, verdaderamente excepcional, increíble.

El buen éxito irritaba más mi caliente sangre, y en el afán de zaherir, de lastimar y morder, apartándome del camino llano por donde solía yo ir, como todos, en puntos de crítica literaria, escribí un artículo censurando acremente, con zumba y mofa unos versos de algún poeta afamado. Después otros, en seguida una comedia nueva; y como alguien tachara de injustas mis censuras y de áspero mi modo de hacerlas, centuplicué las injusticias y aquella aspereza burlona y chispeante que tanto agradaba á los lectores.

Más de la mitad de los periódicos se pusieron de mi parte, ó por tomarla con la causa popular ó por temor de caer en mi desagrado. Ninguno era tan solicitado y leído como *El Cuarto Poder*; el público estaba conmigo, aplaudiéndome sin más razón que la de que aquello le divertía. Sabás seguía animándome con su ingenua admiración, y

XIX.

Adelante.

ESCONDIENDO mi vergüenza, procuré no dejarme ver en los días siguientes, y sólo entraba á la casa de huéspedes para dormir, haciéndolo á buena hora para no encontrar cerrada la puerta y exponerme á que la abriera Barbadillo.

Lo difícil de mi posición, el despecho de mi derrota y la humillación que producía la vergüenza, fueron causa de irritar mis pasiones, sacándome de quicio, si es que estaba aún en él. Los artículos que á la sazón escribía bajo el título de *Cambio de Gobierno*, habían llamado la atención y provocado contestaciones violentas; pero el cuarto ex-

Albar, que obtenía del diario ventajas y rendimientos que nunca alcanzó con *La Columna*, me adulaba hipócritamente para empujarme por aquel camino.

Mientras tanto, también crecía la importancia de Don Mateo, y su nombre de periódico en periódico, gritado en todos los tonos, escrito con cuantos caracteres de imprenta se conocen, se agrandaba como vejiga de hule á fuerza de viento, adquiriendo si nó más sustancia, sí más volumen, que era lo deseado. Página por página iba publicándose toda su historia, tan adulterada como la parte que escribió Escorroza en *El Lábaro*, y no ya la sencillez de los provinciales que todo lo creen, como vaya en letras de molde desde la capital, sino los empingorotados personajes de coche y palco, llegaron á ver en Cabezudo un sujeto razonable, un hombre de consideración, casi un verdadero general con influencia en su provincia.

Obra era todo ello del gran Bueso, capaz de falsificar moneda, no que hombres, cosa mucho más fácil. Bueso le llevó á los teatros

colocándole en sitio bien visible; le presentó á los magnates, que tenían para él la deferencia del temor; le procuró invitaciones para grandes bailes y elegantes tertulias; le llevó á los garitos ilustres y le relacionó con la mayor parte de los directores de los periódicos.

En cambio Bueso tenía el sitio de preferencia en el carruaje de Cabezudo; la cabecera en su mesa, y según decía Pepe, mano franca en su bolsillo. Bueso había sustituido á Remedios, la cual ya no salía con la frecuencia que antes acompañada de su tío.

Parecía que Don Mateo y yo nos disputábamos los elogios de los periódicos; pues si de él se decía que era valiente soldado, se me llamaba á mí dulce poeta; si á él distinguido ciudadano, á mí notable periodista; y cuando alguno le llamó ilustre general y político profundo, á mí gran crítico y uno de los más eminentes publicistas. Sólo un periódico no hablaba nunca de Don Mateo: *El Cuarto Poder*; sólo uno no hablaba nunca de mí: *El Lábaro del Siglo*.

No sé qué vaga esperanza ó temor incon-

ciente, había salvado á Cabezudo de mi pluma; mas una noche ví en el teatro á Don Mateo más inflado que nunca, rodeado de personas que iban á saludarle, á Remedios junto á él con más brillantes que nunca y hermosura más deslumbradora, y noté en un momento, que Bueso, hablando con Don Mateo, me señalaba con el dedo, y se apoyaba en el respaldo de la silla que ocupaba la joven; esa noche, digo, después de entrar por la panadería de Ferrusca, mediante anticipado convenio con el sobrino, me desvelé escribiendo un par de cuartillas muy estudiadas, pero no menos duras para el famoso general.

Pero las pruebas calleron en manos de Escorroza, quien subió con ellas al escritorio de Albar, y llamado á poco por éste, subí á mi vez.

No; aquello no podía publicarse. Por deferencia á mí, Albar había resuelto que nada se dijese en elogio de Cabezudo; pero quedó comprometido desde entonces á callar, callar absolutamente; tanto que el general recibía diez suscripciones del periódico.

Pero no había que impacientarse, que después podían cambiar las cosas.....

Quedéme yo mascando mi derrota y Escorroza, batiendo palmas, fué en seguida á contarle á Bueso y á Cabezudo.

Aquel mismo día, bajo la salvaguardia de un *se dice*, *El Lábaro* contó en estilo de Escorroza, que el Sr. Cabezudo iba á ser ascendido á General de División. Y no hay para qué decir que me faltó apetito para la cena y tranquilidad para el sueño. Antes me había parecido un disparate para halagar al vanidoso Cabezudo; pero después de todo lo increíble que veía yo realizado, la noticia se me figuraba no sólo verosímil, sino hasta lógica.

En la velada me acompañaron durante algunas horas Redondo y Joaquín, que desde la noche de mi escena con Jacinta y Barbillo, no habían podido verme. Según ellos estaba yo en excelente camino; no había sino prometer también al viejo que me casaría, ¡valiente dificultad! ¿No lo había yo prometido á Jacinta? Pues fuera escrúpulos tontos, y redondear el negocio, que estaba ya de punto.

Extendiéndose por aquí la conversación con amplitud vedada á mi pluma, lograron los estudiantes encender otra vez mi deseo y rendir mi resistencia. Las farsas de Jacinta autorizaban las mías; ella era la que me buscaba, la primera en engañar á Barbadillo, hipócrita con él, y conmigo artificiosa y mañera. Desde el enojo de su padre, no había día que no me dijera, al pasar por la puerta de mi cuarto, alguna palabra provocativa, ó no me diera noticia de lo que adelantaba en la voluntad del viejo, cada vez más encantado con las virtudes y excelentes partes de su hija. No; ella no se rendía de engañada; de seguro que se fingía caer en engaño para disfrazar su liviandad. Redondo y Joaquín se atrevían á asegurarlo y aun lo jurarían. Yo lo creí y me determiné á darle á Jacinta el gusto de engañar á Don Ambrosio.

Esta idea predominó en mi mente todo el resto de la noche, revuelta á veces con la noticia de *El Lábaro*, de la cual tomaba mayor brío y actividad para imponerse sobre todo escrúpulo.

Á otro día, fuíme con ella á la redacción, deseando ya que Barbadillo me llamara para arreglar cuentas. De regreso, Doña Serafina me entregó una cartita que por lo pequeña y el sobre azul conocí desde lejos ser de Felicia; y al tomarla recordé con pena que había ya una semana que no iba á visitarla.

Apenas había yo leído los tres renglones en que Felicia me recomendaba muy encarecidamente que fuera á su casa á las nueve de la noche, cuando Jacinta, entrando sin miramiento en mi cuarto, me arrebató el sobre de la mano y dió un salto hacia atrás para impedir que yo se le quitara. Rápidamente, me guardé en el bolsillo la carta; y así era preciso, pues Jacinta volvía sobre mí, al verse chasqueada.

—¿Dónde está la carta? me preguntó imperiosamente.

—La he guardado, respondí con entereza.

—Dámela.

—No es cosa que te interese.

—Está bien, replicó con despecho; esta es letra de mujer; de la misma que te ha escrito otras veces. Guárdate tu carta, guár-

datela. Pero no creas que esto se queda así: yo he de saber quién es esa, y te ha de pesar, si quieres burlarte de mí.

Y después de tirar al suelo el sobre, dándole un pisotón con cólera, salió del cuarto alzada la cabeza, llena de altivez y altanería.

Ligero temblor me hizo estremecer y sentí miedo.

XX.**Remedios.**

REMEDIOS no era ya más que un sueño hermoso, un recuerdo de mejores días, lejana memoria de un bien perdido, que trae á la mente imágenes de indefinibles formas, poéticas por lo vagas, eternamente ideales porque nunca se palparon en la realidad de la vida. Había muerto aquella niña hermosa é inmaculada, y había muerto amándome con amor cándido como las azucenas, de suave perfume, modesto, tímido. En su lugar, había otra que no era la mía; otra que, para ser flor, habría de convertirse en camelia inodora, aristocrática, ostentosa y cara.

En cambio, también yo había muerto. La

historia de los amantes de San Martín, me parecía un idilio que yo había leído en alguna parte, cuyos personajes me eran vivamente simpáticos, y cuyas páginas me conmovían profundamente. Mi ser tenía poco de común con aquel enamorado de villorrio, tan soñador y tierno; y cuando pensaba yo en el Juanito de veinte años, me parecía un muchacho agradable y hasta digno de alguna protección.

Ahora no había nada de aquello. Una pluma de combate mojada en hiel y aguzada en enciclopédica lectura; un periódico de fama y gran circulación, que me ofrecía su primera plana para mostrar mi nombre al público; un renombre adquirido en lides, á fuerza de triunfos ruidosos y espléndidos. Y después de esto, una mujer; pero no sacada de una égloga de Garcilazo, más blanca que la leche y trasparente como las aguas de un arroyo, sino llena de la fiebre de la vida, y de las pasiones violentas del mundo. Para satisfacción del trabajo y como goce supremo, un artículo procaz y un aplauso; para satisfacción del amor y como placer del al-

ma, una mirada de encono y un pellisco de aquella mujer, que sólo así era hermosa; pero terriblemente hermosa!.....

En mis horas de tranquila reflexión, de calma interna, sentía yo casi repugnancia por Jacinta. Su desenvoltura me desagradaba, su libertad me parecía grosera, su exaltación, brutal; veía yo en ella una mujer despreciable, temible y hasta fea. Pero cuando la vanidad, el orgullo, el despecho y encono señoreaban mi corazón y encendían mi cerebro, Jacinta, convertida en fiera irritada, con chispas de celos en los ojos, dispuesta para la amenaza la boca, y para el golpe el puño, me parecía la mujer por excelencia, su hermosura la única digna de admirarse, sus arranques y sus expresiones las del único amor verdadero y capaz de seducir á un hombre.

Pensaba yo en ella cuando me dirigía á la calle del Amor de Dios, para acudir á la cita de Felicia. ¡Con qué coraje había arrojado al suelo el sobre y había puesto el pie encima! Le tuve miedo cuando salía de mi cuarto con el semblante encendido por la

cólera, y aquel miedo formaba parte de la seducción con que me atraía. Sus ojos, incapaces de expresar los sentimientos delicados, tomaban extraordinaria luz, cuando expresaban pasiones fuertes. Entonces los párpados contraídos, juntaban las pestañas, que aparecían más negras; el ceño plegado unía las cejas, casi formando un sólo arco, ancho y erizado que sombreaba las pupilas, y la frente se dividía por una arruga que subía del entrecejo. Así sus ojos me quemaban y me hacían temblar, presa de una agitación como de miedo y de gozo, de temor y de un extraño afán por seguir á quien me le causaba, bien como el cazador que arrastrado por su pasión favorita, persigue hasta la madriguera en lo intrincado del bosque á la fiera que puede devorarle. ¿Quién podía negar entonces que Jacinta era hermosa, que le sentaba bien la natural desenvoltura, el aire altanero y el ademán de grosera amenaza?

Pensando así, distraído y nervioso, recorrí calle tras calle, sin sentirlo, todas las que me separaban de la casa de Felicia. Entré en

el cuarto de la muchacha, había luz, que hiriendo mis ojos me hizo recordar que iba á verla.

—¿Para qué me querrá? me pregunté con indiferencia.

Y subí la escalera.

Al entrar en el corredor, encontré á Felicia, que conoció mis pasos y salió á recibirme; pero no me dijo una broma, como tenía por costumbre, en su tono jovial y cariñoso; sino antes por el contrario, puesto sobre los labios el dedo, me mandaba callar. Yo me habría sobresaltado, si no fuera porque los ojos de la muchacha estaban alegres, y había en su boca leve sonrisa, que contrastaba con algo del azoramiento que en su rostro se pintaba. Me tomó de la mano, y sentí la suya temblorosa; me hizo señas indicándome no pisar fuerte, y me guió hacia su cuarto, á tiempo que, viniendo de la sala, llegó á mi oído una voz bronca, con claro acento pedreño, descuidada y áspera que me produjo un estremecimiento repentino: la de Don Mateo. Felicia lo notó y empujándome suavemente, me hizo entrar en el cuarto.

Dí un paso atrás, dominado por la sorpresa, cuyo poder no pude resistir, y quedé junto á la puerta, cortado el aliento, inmóvil, sintiendo los violentos latidos de mi corazón que saltaba con fuerza extraordinaria.

Era Remedios la que estaba allí, sentada al borde de la cama de Felicia, y reclinada en las almohadas, puesta la cabeza sobre la mano, en actitud pensativa. Al verme había enderezado el cuerpo rápidamente, y no menos sorprendida que yo, quedóseme mirando, como si no pudiera apartar sus ojos de los míos, que la miraban también de hito en hito.

Cuando el susto de la sorpresa, vencido en breve instante, dió lugar al corazón para ejercer su soberano imperio, sentí algo como una resurrección de todo lo bueno que encerraba mi alma, y de todo lo santo que guardaba en mis recuerdos. Súbitamente, como por mágico influjo, renació en mí la humildad de otros días, la sencilla timidez de mi carácter, la ingenua y dulce pasión de que antes era esclavo; y me sentí en otro mundo, contento, gozoso, ageno á la envi-

dia y al orgullo, despojado de vanidad, libre de la hambrienta ambición que comienza por devorar nuestras propias entrañas.

Felicia, de pie á un lado, nos contemplaba, gozándose en su obra, riendo con nerviosa risa, llena de una alegría que trataba de contener y que se desbordaba, sin embargo, por su boca entreabierta. Ella nos sacó de aquella perplegidad producida por la sorpresa, dándome un empujón que me obligó á acercarme á Remedios.

—Anda, hijo, arrodíllate; me dijo dejando escapar su juguetona risa; pero en voz baja.

Estuve á punto de obedecer. Me acerqué más á Remedios, y sin decirle una palabra, como si fuera aquella la primera vez que la veía de cerca, tímido y cobarde, estreché con mis dos manos la que ella me tendió, tibia y trémula.

—Por aquí, dijo Felicia, señalando un sofacito que estaba en el fondo del cuarto.

Tomó de la mano á la joven y obligándola á levantarse, la llevó al mueble señalado. ¡Nunca la había visto tan hermosa!

¡Nunca su esbelto y airoso cuerpo me había parecido más gallardo ni seductor! Todo porque su traje no era de seda, ni llevaba joyas valiosas en el pecho ni en las orejas. Vestía con la modestia que antes solía; un sencillo traje de percal, no sé si hecho con gusto y primor, ó que le tomaba forzosamente al ceñir aquellas escultóricas formas; una cinta negra al cuello, de la cual pendía insignificante dije; dos pequeños pendientes negros también, que hacían lucir más el suave color de rosa de las mejillas y de las orejas breves y redondas como conchuelas del mar.

—¡Qué susto me has dado! dije á Felicia, sentándome junto al sofá.

—Á ella también, contestó riendo la muchacha.

—¿Te asustaste? pregunté á Remedios cariñosamente.

—Mucho, respondió. No sabía yo que vendrías.

—Y he llegado tarde. Si hubiera adivinado que estabas aquí.....

—No habrías venido. ¿Verdad?

Bajó los ojos al dirigirme con dulcísimo tono este reproche, y noté en su hermoso semblante un gesto de seriedad sincera que me afligió é inquietó.

—Nó, no digas eso; me apresuré á responder. ¿Dudas de mí?

Remedios guardó silencio y no alzó los ojos.

—¿Crees que puedo huir de tí? pregunté en seguida. ¿Pues no te busco por todas partes?

—Antes sí, me contestó con voz temblorosa, en que se revelaba viva emoción; ahora ya no.

El reproche era justo; sentí vergüenza y la conciencia trajo á mi mente recuerdos que me inspiraron repugnancia.

—Hoy lo mismo que siempre, le dije. Hay veces que no puedo, porque mi trabajo tiene que ser constante, y en ocasiones no me deja un momento libre. Pero de todos modos, te juro que soy el mismo para tí. No te enojés conmigo; no me reproches lo que depende de causas ajenas á mi voluntad.

—No seas hipócrita, Juanillo; dijo Felicia interrumpiéndome. Dí claras las cosas ó te tiro de las orejas.

—¡Felicial exclamé con temor.

—Nada; yo no consiento que mientas, ni siquiera para contentarla. Dí la verdad.

—Pues es la verdad.

—Dímela tú, dijo Remedios, clavando con muestras de interés sus negros ojos en los de su amiga.

—Pues la verdad es, hijita.....

—Mira, Felicia.....

—¡Cállese vd.! La verdad es que estás muy encumbrada, muy arriba, muy altal ¿eh? Y Juan es un pobrecito, chiquitito y roto, que no puede subir tanto.

—¡Felicial dije angustiada.

—¡Cállese vd. Don Azafrán; déjeme hablar á gustol Pues sí, señor; por tanto es ridículo que un Juan así, ande buscando á una Remedios tan elevada, que sólo se roza con ministras y princesas y diputadas. Por eso no te busca ni te escribe una cartita, ni quiere hacerte unos versos que le he pedido veinte veces.

Remedios había alzado los ojos, húmedos por esa lágrima que no llega á las pestañas, y me había obligado á bajar los míos al peso de la culpa.

—¿De veras? me preguntó conmovida.

Dí, con callar, la más clara respuesta, y ella agregó:

—Haces mal en pensar eso; pero casi se me figura que tienes razón. Lo había yo pensado, y siempre me he resistido á llevar lujo, porque siempre he vivido pobre, y eso me gusta más; y porque me parecía... que te lastimaba con llevarlo...

—Perdóname, dije avergonzado; pero piensa que todas esas necedades mías, proceden de que te quiero tanto.....

—Mi tío, continuó ella con cierta exaltación, me obliga á vestirme ricamente, á asistir á bailes, á teatros, á paseos que no me agradan, porque yo no nací para eso; pero te ofrezco que le rogaré y suplicaré que me deje seguir mis inclinaciones. Yo no quiero que te ofendas, ni que dejes de verme como antes.....

Brillaban los ojos de Remedios, mojados

por la lágrima contenida al brotar, merced á violento esfuerzo. Felicia, que estaba junto á ella, dejó correr libremente las que vinieron á sus pupilas, y estrechando en sus brazos á Remedios, le dió en la mejilla un sonoro beso, diciéndole:

—¡Qué linda eres!

Breve fué para mí aquella entrevista, en la cual, poseído de las más vivas emociones, incurri en torpezas y dije tonterías, que después recordé una por una, lleno de disgusto cuando veía que no había sabido expresar á Remedios todo lo que sentía por ella, todo lo que padecía mi corazón por aquel amor tan grande, tan puro y tan firme.

Felicia no me perdonaba nada de la verdad, y todo se lo decía á su amiga. ¡Poquita cosa era yo! Un periodista de mucho talento, de mucha fama, que escribía unas frases que solitas hacían ruido, principalmente al hablar de los ministros y de los otros periódicos. Remedios no leía la prensa, no sabía siquiera que yo fuera escritor. Pues era preciso que leyera algo mío, para que se asombrara de verme tan sabio y talento-

so. Además, hacía yo unos versos lindísimos, al grado de que los periódicos me llamaban el dulce poeta, el correcto poeta, el gran poeta.

—Como que ahora sí que vas á escribir los que te he dicho para Remedios, dijo al fin.

—¡Para mí exclamó ésta.

—Sí, para tí; dije yo. Ahora mismo.

—Pasado mañana vuelve Remedios á verme. Ven tú á la misma hora y trae los versos. ¡Ya verás, hijita; ya verás qué lindos te los hacel Ahora Juanito, hazme favor de largarte, porque no tarda Don Mateo en despedirse de la familia.

—¡Es verdad! dijo Remedios, como recordando hasta entonces que podíamos ser sorprendidos.

Felicia se asomó al corredor, en tanto que yo estrechaba la mano de Remedios entre las mías.

—¡Pronto! dijo Felicia.

La palabra se ahogó en mis labios; solté la mano de la joven, y salí rápidamente, cuidando de no hacer ruido. En el zaguán

volví el rostro al cuarto de Felicia y ví á las dos amigas paradas en la puerta, que me seguían con la vista. El cuerpo de Remedios en el cuadro de luz de la puerta, presentaba sus elegantes contornos, como rodeados de suave aureola.

Recorrí la distancia hasta la calle de Monzón sin sentirla. Llamé á la puerta, entré sin ver quien había abierto, y subí la escalera.

Al llegar al corredor, la mano fuerte y nerviosa de Jacinta me asió por un brazo, apretándome con los dedos. Un extraordinario movimiento de repulsión y enojo me invadió súbitamente; sin decir una palabra, sacudí violentamente el brazo, y seguí hasta mi cuarto sin detenerme.

Al entrar en él, oí á mis espaldas un gruñido sordo, como rugido ahogado de fiera moribunda.....

XXI.

Barbadillo manda.

DESDE el día en que tuvo lugar la terrible escena entre Jacinta y yo, terminada con la presencia del viejo capitán, Barbadillo no había vuelto á verme de cerca; pues no asistía yo al comedor, ni muchos días á la casa, sino después de la cena.

Sabía yo por Jacinta que al principio, dominado por la primera impresión, tuvo el propósito de plantarme los muebles en la calle; designio que le quitó su hija de la cabeza con un par de lágrimas y media docena de pucheros. Después solía ella decirme:

—Va cediendo, va cediendo; procura no hablar con él. Yo te diré cuando sea tiempo.